

al encuentro á orillas del lugar. Se trabó el combate, y fué tan reñido, y tan feliz de parte de los republicanos, que casi deshicieron al enemigo, el cual huyó violentamente y tanto, que no solo abandonó la ciudad, sino el dilatado trecho de toda la comarca, que pudo verse libre de las atrocidades del enemigo.

La leccion habia sido durísima, Dupin, que acosado y arrojado de Tamaulipas por la intrepidez sin ejemplo y por la constancia heroica del coronel Mendez, creyó quizá que fijando en otras regiones el teatro de su bandalismo y de sus horrendos crímenes, haria grandes proezas, salió tan mal en este ensayo, que hubo de nulificarse para siempre.

Por de pronto, el triunfo de los republicanos, dejaba limpio y en paz el Valle de Purísima, y Escobedo, que cada día proyectaba nuevas incursiones, llamó á Espinosa, para que con su fuerza se quedase en el cuartel general, mientras él marehaba á Davis con objeto de arreglar la entrega de un armamento que tenia comprado. Pero en el transcurso de ese viaje, el general Doue con fuerzas numerosas llegaba al Saltillo, donde dió á entender que traia un estenso plan de campaña, que, en efecto, comenzó á desarrollar, suponiendo neciamente que acabaria con los republicanos, y pacificaria por siempre la frontera. Sus primeras disposiciones fueron destacar dos gruesas columnas sobre Espinosa, á quien suponía en Rio Blanco, mientras él personalmente marchaba por Galeana hácia Linares, previniendo á Jeanningros que, para no dejar salida á los insurgentes, fuese por el camino de Morelos á dar sobre el mismo punto.

Escobedo habia regresado violentamente y seguido los movimientos del general francés que le iban revelando su

plan, y desde luego ordenó al general Viezca que marchase sobre el Saltillo, cuya ocupacion le seria fácil por haber quedado bajo la custodia de una débil guarnicion. A la vez ordenó á Treviño que hiciese avanzar la fuerza de Ruperto Martinez, sobre la ciudad de Monterey, y previno á Naranjo que forzando sus marchas se situase en el pueblo de China, punto equidistante entre esta última ciudad y el puerto de Matamoros, donde el coronel Palacios se le uniria con un cuerpo de infantes y algunos escuadrones que andaban sueltos. Espinosa ya tenia la órden de evitar el golpe de las columnas francesas, y de retirarse por el camino de Victoria á Linares, dejando que Martinez con sus caballerias hostilizase á las que iban sobre él, ó bien, que por un movimiento de flanco lo hiciese sobre la columna de Doue.

Tales movimientos debian desconcertar, y de facto desconcertaron, al enemigo. Pero mientras estas operaciones se practicaban, Doue, que habia llegado al distrito de Galeana, y visto frustrado el objeto de su espedicion, se montó en despecho, y con una barbarie digna de los indios lipanes ó comanches que suelen recorrer aquellas despobladas regiones, mandó incendiar el pueblo de San Pedro y el de Rio Blanco, llevándose de allí mugeres indefensas, y familias enteras, despues que sus tropas participando del furor brutal de su gefe, no dejaron crimen por cometer.

A tiempo que tenian lugar esos desastres que cubrieron de pavor y de indignacion á los pueblos y rancherías convecinas, el general Escobedo tambien hacia mover el mayor número de sus tropas rumbo á Morelos, para envolver á Jeanningros, y cortarle la retirada á Monterey.

Desconcertado el general Doue que no comprendía los movimientos de los republicanos, y que temía verlos brotar por su retaguardia y flancos, conferenció sobre su situación con Jeanningros en la boca de Santa Rosa, y contramarchó para el Saltillo, sin poder evitar la persecución del infatigable coronel Pedro Martínez, que llevaba por consigna hostilizarlo de cuantas maneras pudiese.

A su vez Jeanningros abandonó su expedición á Linares, y retrocedió violentamente hacia Monterey, pero el general Escobedo con las fuerzas de Palacios y las de Naranjo, forzando sus marchas, se había situado en China á distancia de cuatro leguas del enemigo, tomándole el flanco derecho y ordenando previamente á Treviño, que con toda la fuerza que le fuese dable reunir, saliese al encuentro de Jeanningros por su frente. El jefe francés, comprendiendo su mala posición y conociendo que la presencia de sus veteranos, lejos de ser ya formidable era resueltamente buscada por los independientes, apresuró su paso de manera, que sacó grande ventaja en la marcha, sin que la detuviese ni el tiempo que dominaba en esos días, pues al saber que cuando llegaba á Terán, los republicanos estaban en Morelos, forzó el camino en medio de una fuerte lluvia, y corrió de tal modo que su carrera podía traducirse como fuga cobarde. Para verificarla, dejó la vía carretera, y tomando la muy difícil de la Villa de Santiago para conducir sus trenes, pudo llegar á Monterey, no sin ser molestado, y muy de cerca, por las fuerzas del atrevido Narciso Dávila, y de Ruperto Martínez, que lo hostilizaron hasta las puertas de la ciudad.

Así concluyó la famosa expedición tanto tiempo medita-

da por Doue, y en la que empleó cerca de diez mil hombres sin mas resultado que levantar la moral de nuestros sufridos insurgentes y darles á conocer el poco tacto de sus afamados enemigos, quienes, por la combinación de algunos movimientos ejecutados con violencia y exactitud, vieron desbaratados los estupendos planes, que por aquellos días dieron á los imperialistas la necia seguridad de que la pacificación en la frontera sería fácil y completa.

A consecuencia de la retirada de los franceses, el general Espinosa logró llegar sin el menor contratiempo á la ciudad de Linares, bella por su situación, inolvidable por su patriotismo y por el valor civil y la dignidad de sus hermosas hijas, menos varoniles, pero mas ilustradas que las matronas de la antigua Esparta. Estas, á par de los varones, aspiraban en la cuna el aliento marcial de Epaminondas; y las damas linarenses, tiernas y delicadas como las flores de los trópicos, necesitaban mayor entereza para sacrificar sus afecciones mas dulces, y ahogar los tiernos latidos de su corazón para entusiasmar á sus padres, á sus hermanos y á sus propios hijos, haciendo de ellos un holocausto santo en el altar de la patria. ¿Cómo no tributarles un homenaje de admiración y de respeto? ¿Cómo no consignarlas al amor de la posteridad?

Los resultados de la estrategia peculiar de Escobedo lo dejaron en aptitud de concebir y poner en práctica nuevas operaciones, y en efecto, activamente discurrió el plan que podía servirle para cortar al enemigo entre el Saltillo y Monterey distraendo su atención, mientras que por otra parte caería segunda vez sobre Matehuala, donde se proporcionarían recursos de hombres y de dinero. Así obligaría á

los franceses á desprenderse de la frontera, repasando los desiertos, agotando sus fuerzas por el cansancio y por la desercion, que llegó á ser considerable, al grado de verse obligado Jeanningros y Doue á lanzar terribles decretos de muerte, contra los individuos y contra los pueblos que no solo protegiesen el desbandamiento, sino que diesen siquiera un vaso de agua á los desertores. Este hecho es otra prueba de que la célebre disciplina francoesa no ha sido mas que una brillante mentira, ó de que jamas la Francia habia luchado con enemigos tales, que pudiesen como los mexicanos arrancarle sus títulos de orgullo militar.

Las tropas que debian marchar sobre Matehuala, habian ya puéstose en camino, cuando por diversos avisos se supo que de Matamoros salia un gran convoy custodiado por una fuerza de dos mil hombres compuesta, de austriacos, americanos confederados y traidores, á las órdenes del general Olvera, y que al mismo tiempo y en combinacion con éste, otra fuerza de mil quinientos franceses y belgas custodiaban una conducta salida de Monterey en direccion al puerto, y ambas se prestarian mútuo apoyo.

Por las comunicaciones que se interceptaron á varios correos del enemigo, se vino en conocimiento de que su plan era seguir el camino de las Villas situadas en las riberas del Bravo para reunirse en la de Mier, donde cambiarian sus cargamentos para conducirlos en seguida á sus respectivos destinos: ademas, comprendiendo que alguna de las caravanas pudiera verse atacada por los republicanos, convinieron en que cualquiera de las dos fuerzas enemigas, en presencia de estos se hiciese fuerte en el punto donde fuese acometida, resistiendo á todo trance pa-

ra dar lugar á que la otra llegase á darle auxilio. Con vista de tan preciosos datos, Escobedo momentáneamente se forjó una combinacion feliz. Era el momento en que los franceses habian llegado á Cerralvo, y Escobedo se dirigió rápidamente y con todas sus fuerzas sobre aquella plaza, donde con arreglo al plan que ya hemos visto, el enemigo se fortificó lo mejor que pudo para dar tiempo á que llegase Olvera. Pero el ataque de Escobedo era no mas que aparente, para obligar á los franceses á permanecer encerrados, dejando á su vista alguna fuerza que los mantuviese en el error de ser atacados, y volver él mismo sobre Olvera.

Al efecto situó en Cerralvo al infatigable Ruperto Martinez con seiscientos caballos que divirtiesen al enemigo, y con todo el resto de la fuerza que habia llevado, se dirigió á Derramaderos, forzando extraordinariamente su marcha, pues tuvo que vencer en dos dias cuarenta leguas para llegar á este lugar equidistante de Cerralvo y el punto en que se hallaba el convoy salido de Matamoros. En Derramaderos Escobedo podia observar cual de los dos caminos que para aquel rumbo se dirijen á Mier, tomaba el enemigo; y una vez conocido, salirle al encuentro precisamente en una posicion donde faltase el agua.

Como es sabido, en aquellas regiones el agua es escasa, y los viajeros tienen que hacer jornadas forzosas y largas para proveerse de ella; y el objeto de Escobedo, al discurrir así, fué que el enemigo no pudiese hacerse fuerte por muchas horas, llevando como llevaba dos mil hombres y multitud de bagajes algo sedientos, despues de un regular camino. En la posicion que Escobedo habia meditado espe-

rarlos tendrían por su retaguardia el agua á distancia de dos leguas, y para alcanzarla les sería forzoso retroceder con la lentitud y embarazo consiguientes á su numeroso tren; de modo que los podría batir con ventaja. Por el frente tendrían el agua tres leguas distante, y se verían precisados á lanzarse sobre las ventajosísimas posiciones que Escobedo había escogido, y que podían sostenerse con solo mil trescientos hombres, número total de las fuerzas republicanas. En ambos casos la derrota del enemigo era inevitable.

Como se había previsto, el enemigo aparació, y avanzaba sin mayor desconfianza hácia las lomas de Santa Gertrudis, donde se hallaban emboscados los independientes. Para dar una sorpresa completa la consigna era guardar el mayor silencio; y en verdad era tal, que parecía no moverse el viento en la llanura ni en los salvajes bosquecillos de aquellos desiertos casi eriales; de modo que el convoy y las tropas que lo escoltaban, seguían su lento paso sin sospechar el inmediato peligro. Pero por mucha que fuese la disciplina de los republicanos, no era fácil evitar algunas imprudencias ó descuidos, que no son nuevos en la historia militar. Precisamente uno de los gefes mas apreciados por su espíritu de subordinación, fué quien, llevado de un inexplicable ardimiento, se puso á la cabeza de una guerrilla, y faltando á la rígida consigna, salió á provocar á los imperialistas del convoy, que en el acto se pusieron en guardia, y concibieron la natural sospecha de que los adversarios en mayor número habían tendido una emboscada, que en el acto se dispusieron á descubrir, destacando sobre los provocadores una fuerte columna de caballe-

ría, que obligó á la guerrilla y á su imprudente gefe á replegarse hasta el campamento.

Esta eventualidad inesperada y desagradable, puso á los republicanos en la necesidad de hacer un movimiento para rechazar, como en efecto rechazaron, á la columna de la caballería enemiga, que necesariamente descubrió la emboscada, y obligó á los imperialistas á detenerse y organizarse para librar un combate al día siguiente, en razón de que ya era muy entrada la tarde.

Escobedo, que vió contrariado su plan por casualidad tan inusitada, no desaprovechó el tiempo, y con esa rapidez de concepción que siempre le ha producido los mejores resultados, ordenó violentamente que el campamento se mudase y estableciese de manera que el enemigo no sospechara que la emboscada existía casi á la misma distancia que la tarde anterior: la consigna de absoluto silencio fué mas severa, y ya no pudo temerse que los imperialistas evitasen el golpe.

Esto no obstante, al despuntar el siguiente día, el general Olvera tenía aconvoyados los carros que conducían un inmenso cargamento, de manera que pudiesen servirle de parapeto, y sus tropas tendidas en batalla y establecidas ya sus baterías, estaban perfectamente preparadas al combate. A su vez las tropas republicanas, que al variar de posición habían aprovechado para ocultarse todos los pequeños espacios de bosque, y los accidentes del camino, tenían á la tropa pecho á tierra. A vista de tanta inmovilidad, el enemigo bien organizado, emprendió su avance sobre el campamento que en la víspera había descubierto; y explorando el campo en todas sus direcciones, rompió los

fuegos de cañon en abanico, ó sea divergentes. Con esta maniobra tambien pretendia descubrir si sus adversarios contaban con alguna artillería con que pudiesen contestarle; pero los republicanos que en efecto llevaban tres piezas de montaña se abstuvieron de hacerlo, y el sigilo y el orden de la tropa fueron tan absolutos, que, aunque algunas granadas cayeron entre las columnas ya dispuestas á la batalla, no hubo soldado que hiciese el mas leve movimiento.

La línea del general Escobedo, la componian cuatro columnas de infantería para el ataque, dos de caballería y la de reserva que era tambien de infantes. La primera de estas columnas la formaban dos cuerpos, uno de cazadores y otro llamado mixto, cuyo mando tenia el coronel Alonso Flores como primer gefe; y como segundo el coronel Cáceres.

La segunda columna, compuesta de los batallones Zaragoza é Hidalgo, estaba á las órdenes del coronel Miguel Palacios, y del teniente coronel Emilio Mayer.

La tercera la formaban los batallones, Rifleros de Naranjo y Rifleros de China con su comandante Narciso Dávila, bajo la direccion del mismo coronel Naranjo y de su segundo en gefe el coronel Adolfo Garza.

La cuarta columna se componia de la brigada Canales, pié á tierra, bajo las órdenes del gefe de su nombre, y de su segundo el coronel Julian Cerda.

De las columnas de caballería, la primera estaba compuesta con la Legion del Norte, llevando á su cabeza al coronel Joaquin Garza Leal; y la segunda de Carabineros de Lampazos, y un piquete de Supremos Poderes, ambos cuerpos á las órdenes del teniente coronel Higinio Villa-



*M. Escobedo*

real, quien llevaba como segundo gefe al de igual grado Juan N. Saenz.

En la reserva quedaban los batallones de Zapadores, Libres de la frontera, pié á tierra, y Tiradores del Bravo desmontados tambien. El mando de esta fuerza se encomendó al coronel Salvador F. de la Cabada, y como su segundo al teniente coronel Vicente Mariscal.

Todas las columnas de infantería las tomó el general Escobedo bajo su inmediato mando, y llevaba como segundo al mayor general Sóstenes Rocha.

Las caballerías quedaban bajo las órdenes del formidable Gerónimo Treviño, que ocho dias antes habia sido mercidamente nombrado General de Brigada.

Así arregladas las fuerzas para la batalla, y conociendo el enemigo que sus fuegos de cañon eran inútiles al fin que se proponia, desplegó sus columnas de ataque cubriendo todo su frente con una estensa línea de tiradores que se adelantaron sobre el camino. Esto no obstante, las tropas emboscadas mantuvieron la orden de no disparar un solo tiro, hasta que el General en Gefe lo previniese. Así, pues, el enemigo siguió avanzando sin ser molestado, hasta llegar á una distancia de ciento cincuenta metros de las columnas republicanas, que al fin recibieron la orden de ponerse en pié y romper sus fuegos. La distancia era tan estrecha, que apenas se hizo una descarga y mediante el toque de carga, las columnas se lanzaron á la bayoneta con tan soberbio empuje, que el enemigo hubo de retroceder por largo trecho hasta apoderarse de una ligera eminencia, donde logró defenderse tenazmente. Vista esa resistencia, era necesario desalojarlo en el acto de aquel punto, y